EL BANCO DE PIEDRA

CUENTO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSÉ M. SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1898

EL BANCO DE PIEDRA

[336.1]

EL BANCO DE PIEDRA

9-6-1

CUENTO DRAMÁTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

JOSE M. SÁNCHEZ GONZÁLEZ

MADRID
R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1898

PERSONAJES

EMILIA, (18 años)
CONCHA, (37 años)
CECILIO, (70 años)
CARLOS, (40 años)

La acción en Madrid.—Epoca actual

NOTA.—Esta obra fué escrita hace veintidós años. Estuvo admitida para su representación en el teatro Martín, luego en el de la Alhambra, y más tarde en el de Eslava, corriendo en dichos teatros la misma suerte, de cerrarse antes de llegarle el turno de ponerse en escena.

Hoy la imprimo sin otro objeto que el de entregar el importe de su venta á la familia desdichada de un pobre repatriado, en otro tiempo único sosten de ella, y el que ahora, víctima de la anemía, ni aun puede ganar su propio sustento.

Este cuento dramático es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirlo ni representarlo sin su consentimiento en los teatros públicos de España. Queda hecho el depósito que marca la ley.

REMOTE STORAGE

Archivo Teatral
MILLÁ
San Pablo 21-BARCELONA

ACTO UNICO

Sala pobremente amueblada. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA

CONCHA, CARLOS

CONCHA Siempre está el abatimiento
dominando á tu razón.
O ten más resignación
ó ten menos sentimiento.

CARLOS ¡Eso si pudiese haría!

CONCHA ¿Qué te impide mitigar
ese incesante penar
que causará tu agonía?
¿No estás viendo que el rugir
contra el destino cruel
es sólo aumentar la hiel
de nuestro amargo vivir?
Tu pena acalla, y con calma
resiste sus sufrimientos,
y así con menos tormentos
podrás dar más vida á tu alma.

CARLOS Déjame...

CONCHA Es que...

CARLOS ¿Quién domina
con callar su desventura?...

CONCHA Todo el ser que con cordura
sus acciones encamina.

CARLOS ¿Quién resiste la pobreza
que en mendigos nos convierte?

CONCHA El que ante la adversa suerte
sabe humillar su cabeza.
CARLOS Los que nacen desdichados
como yo, no se desfogan
las penas en que se ahogan
con vivir siempre humillados.
Querer encontrar consuelo
con pordiosero destino,
en pensar que nuestro sino
Dios lo envía desde el cielo,
y más viendo por doquiera
hombres de inmensa fortuna
que viven sin falta alguna
en su poderosa esfera,
que rien, triunfan y giran
siempre en torno del placer,
mientras que otros sin comer
lloran por lo que estos tiran;
es locura, es ilusión
que está saltando á la vista...
¡Si que haya el que esto resista
casi es del mundo baldón!
CONCHA Mira, deja reflexiones
y busca á tu mal remedio,
que engendra á la vida tedio
el dar fe á viles razones.
CARLOS Es que el remedio no existe.
El que trabajo no halla
inútilmente batalla
por un bien que en él subsiste.
CONCHA Buscando por todas partes
quizá encuentres...
CARLOS ¿El qué, dime?
Del hambre no se redime
el que es mártir de las artes.
Como cosa esclavizada
á una fuerza material,
nunca produce caudal
para encumbrar de la nada.
Meses ha busco trabajo
y en vano haciéndolo estoy...
CONCHA Busca más... Haz algo...
CARLOS Sí; hoy,
aunque de proceder bajo,

quizá haga algo... como dices.
Pienso aliviar nuestro mal
con acto que aun por fatal
nos haga más infelices.
Cinco somos aquí en casa
á sufrir hambriento ayuno;
conque en la piedad coma uno,
mejor su angustia se pasa.

CONCHA ¡Ah! (Con doloroso espanto.)

CARLOS De nuestros hijos, no
has de temer me separe,
que mi vejez quizá ampare
el que menos crea yo.
El gana un real á un oficio,
y ella me está enamorada,
y puede que al ser casada
nos traiga algún beneficio.

CONCHA ¿Acaso á mí?... (Con terror.)

CARLOS ¿A ti echarte?...
Nunca seré yo el verdugo
de mi honor, rompiendo el yugo
con que Dios me hizo enlazarte.
Nuestro sudor se ha mezclado
hasta aquí con nuestra suerte,
y tan sólo el de la muerte
nos correrá separado.

CODCHA ¿Entonces es á tu?...
(Sin concluir la frase de terror.)

CARLOS Sí,
á mi padre.

CONCHA (Con desesperación.)
¡Qué cruel!
Si piensas echarle á él,
¿por qué no me echas á mí?...
¡Echame!

CARLOS ¡Nunca!

CONCHA (Con desesperación.) ¡Tampoco
á él!...

CARLOS ¡Si es el único medio
de poner algún remedio
á nuestro mal!

CONCHA ¿Estás loco?...

CARLOS Un buque arroja al mar
su lastre, aunque sea de oro,

si el peso de este tesoro
su causa es de naufragar.
Y una familia, lo mismo
que un buque que va al desastre,
tiene que arrojar su lastre
al verse en hambriento abismo.
Y aquí el lastre es...

CONCHA Quien la vida
te dió. Piénsalo.

CARLOS Yo, ahora,
sólo pienso en que devora
entre su ocio mi comida.

CONCHA Por Dios, que es... (Suplicante.)

CARLOS No me repliques.
Lo tengo ya decidido,
y será tiempo perdido
el que mi piedad supliques.

CONCHA ¿Y qué decidiste?...

CARLOS ¿Qué?...
Llevarlo á San Bernardino.

CONCHA ¿Y eso harás tú?...

CARLOS No, mi destino.

CONCHA ¡Qué venda ciega tu fe
tan tupida!

CARLOS La tejió
de mi sino la dureza,
y no es raro si en firmeza
más que el bronce endureció.

CONCHA ¿Quién te inspira á obrar así?...

CARLOS No sé si infernal locura
ó si es su propia ventura.

CONCHA ¡No te lo lleves de aquí,
por piedad! (Suplicante.)

CARLOS Cree tranquiliza
mi corazón el saber
que allí tendrá que comer
y en casa de hambre agoniza.

CONCHA Reflexiona nada más
que es tan viejo, que apartarle
de nuestro lado es matarle.
¿Ser su asesino querrás?...

CARLOS Tú exageras.

CONCHA Es que no
sólo con armas se mata.

Con una acción vil é ingrata
la muerte á muchos se dió.

CARLOS La mía es casi en su bien.
Del hambre le libro así.

CONCHA Del hambre nos libra aquí
la sepultura también.

CARLOS Es muy distinto. Hasta luego.

CONCHA Mas... (Suplicante.)

CARLOS No me convences. Voy...

CONCHA ¡Compasión! (Suplicante.)

CARLOS Con él salgo hoy,
y á la caridad lo entrego. (Vase.)

ESCENA II

CONCHA

¡Todo inútil!... No hay razones
para convencer á un loco,
como no existen tampoco
para apiadar corazones
en donde la ingratitud,
de negra estrella nacida,
consumió en ellos la vida
de su ternura y virtud.
Y las lágrimas y el ruego...
cuanto en conmover se fragua,
no son más que gotas de agua
cayendo en enorme fuego.

ESCENA III

CONCHA. EMILIA, que sale muy conmovida

EMILIA ¡Madre!

CONCHA ¡Hija mía!

EMILIA ¡Si vieras
qué triste en tu busca vengo!...

CONCHA ¿Qué tienes?

EMILIA Calla, también

parece que á ti te encuentro
afligida... ¿Qué te pasa?
Contéstame tú primero.

CONCHA ¿A mí?... ¡Nada!

EMILIA Si en tus ojos
y en tu semblante tan serio
cualquiera dice que ve
retratado el sufrimiento.

CONCHA ¡Ilusión tuya!

EMILIA ¿Me engaño?...

CONCHA Sí.

EMILIA Entonces es que te veo
con la tristeza de mi alma,
y te hallo triste por eso.
De que no estés afligida,
si vieses cuánto me alegro...
Porque á buscar he venido
en tus caricias consuelo.

CONCHA ¿Dónde mejor?...

EMILIA Esa cuenta
me hice. ¿Dónde otro remedio
encontraría más dulce
mi amargura que en el pecho
de mi madre?...

CONCHA ¡Sí!...

EMILIA En ninguno.
Y vine y vine corriendo
á buscar tu alma la mía,
tus dulces brazos mi cuerpo

CONCHA ¡Ven, hija! (Abrazándola.)

EMILIA ¡Gracias!
(Breve pausa hasta desasirse.)
¿Me sueltas?
¡Estaba tan bien en ellos!

CONCHA Dime lo que te sucede.

EMILIA ¿Lo quieres?

CONCHA ¡Pronto!

EMILIA ¡Al momento!
Venía yo hacia esa pieza
adonde siempre cosemos,
y noté que en ella estaba
oculto...

CONCHA ¿Quién?

EMILIA El abuelo.

Me acerqué á él y su rostro
tenía casi encubierto
con sus manos... Yo le dije:
¿Qué le pasa á usted, abuelo?
Y lo mismo fué escucharme,
que se alejó de mí huyendo.
Le seguí, y al darlo alcance
noté que con un pañuelo
las lágrimas se enjugaba,
y siendo el llanto primero
que he visto por sus mejillas
me dió un estremecimiento
que sin decirle una frase
vine á tí como al consuelo
único que le restaba
á la pena que en mi pecho
sus lágrimas producían,
nublándome el mal que temo.

CONCHA ¡Si no es ninguno, ninguno!
(Casi como afirmándolo.)

EMILIA ¡Lo dices de un modo!

CONCHA ¡Cierto!

EMILIA ¡Sí que cierto lo parece!
Vamos, dí, ¿por qué el abuelo
estaba llorando?

CONCHA ¡No sé!
Quizá algún presentimiento
de su corazón.

EMILIA ¿Qué dices?
¿Y de qué puede tenerlo?

CONCHA (¡Ah, me declaré!) ¡De nada!

EMILIA ¿De nada? ¡No te lo creo!
Quien presiente, no lo hace
nunca sin un fundamento.
¿Cuál es?

CONCHA ¡No seas pesada!

EMILIA Si la pena que preveo
tuviera mi pesadez
sería un mal bien ligero.
¡Dímelo, anda!

CONCHA ¡Si no es nada!

EMILIA No será; mas tu misterio
me hace ver algo terrible.

CONCHA ¡Bah! Déjate de secretos

que puedan atormentarte,
y háblame de tu Alfredo.

EMILIA ¿De mi novio?

CONCHA Sí.

EMILIA ¿Y qué quieres
te diga mas que en extremo
es mi cariño por él?

CONCHA Se lo merece... Es muy bueno
Y él te quiere...

EMILIA Así lo dice;
pero no logras tu objeto
queriéndome distraer
con el amor de mi pecho.
Díme qué es lo que presiente
que llorar le hace á...

CONCHA ¡Qué empeño!...
(Aparte.)
(Casi debo referírselo.
Quizá pueda convencerlo
su hija mejor que su esposa.)

EMILIA ¿Me lo vas á decir?...

CONCHA ¡Puesto
que así lo anhelas!... ¡Escucha!...
(Mirando con gran recelo á un lado y otro la dice con gran sigilo.)
Es que hoy tu padre al...
(Viendo salir á Cecilio, con espanto de que haya oído.)
¡Ah!

ESCENA IV

DICHAS, CECILIO

CECILIO (Aparte.)
(Las dos... hablando en secreto...
y al verme dieron un grito...
¿Si les causaré ya miedo?...)
¿Qué, os asustasteis de mí?...

CONCHA ¿Nosotras?... ¡No!...

EMILIA ¡Nada de eso!
Si todos en esta casa
muchísimo te queremos,

y es natural, como ya
las fuerzas te consumieron
los trabajos que pasaste
y estás achacoso y viejo,
el no quererte, créeme,
sería un crimen hacerlo.

CECILIO Tú así lo crees... ¿verdad?...

EMILIA Con mi corazón lo creo.

CECILIO Bendito el corazón sea
que piensa bien de tan tierno.
La bondad de tu alma, niña,
quiera Dios sea el espejo
donde vea las acciones
de cuantos cubre este techo.

EMILIA ¿De alguno dudas?... ¿Acaso
de mi hermano?...

CECILIO No por cierto.

CONCHA (Ya en su pecho se enroscó
la serpiente del recelo...
Sospecha... y... no sé mi angustia
como contenerla puedo...)

EMILIA Entonces lo que me quieres
dar á entender no comprendo.

CECILIO Eran palabras soltadas
en busca de nobles hechos
como los que tú realices
que por fuerza han de ser buenos.

EMILIA Mucho confias en mí.
Mas lo que es hace un momento
nadie lo dijera.

CECILIO ¿Pues?...

EMILIA Cuando te fuiste huyendo
de mi lado.

CECILIO ¿Lo notaste?...

EMILIA ¡Y con harto sentimiento!
¡Después te seguí callando
y ví que con un pañuelo
las lágrimas te enjugabas
y... ya ves... con su recuerdo
solo... estoy llorando... y... lloro...
aun cuando llorar no quiero!

CONCHA ¡Hija, hija!

EMILIA ¡Déjame llore!...
¡Si así mi pena remedio!...

CONCHA (Aparte.)
Benditas lágrimas que
disculpan las que mi pecho
ahogaban... ¡Salid, salid
de vuestro penoso encierro!)

CECILIO (Aparte.)
(¡Gran Dios! ¿Qué es lo que me pasa
que ahora llorar no puedo?...
¡Secos están ya mis ojos!...
¡Mi corazón arde en fuego
de horrible angustia y no hay llanto
que lo apague!... ¡Yo... me muero!)

EMILIA (Con gran sentimiento y acercándose á socorrerle.)
¿Qué tienes?...

CONCHA (Idem.) ¡Dios mío!

CECILIO ¡Nada!...
Dejadme...
(Sobreponiéndose á su dolor.)
Y os aconsejo
que no necesite yo
tener que daros consuelo.

EMILIA Lo que es por mí... (Idem.)

CONCHA ¡Yo también! (Idem.)

CECILIO ¡Las penas con el silencio
de quienes las ven se sufren
con menos padecimiento!

EMILIA ¿Usted pena?...

CECILIO ¡Horriblemente!

EMILIA ¿Es porque nada tenemos
para comer muchos días
y teme que nuestros cuerpos
debilite tanto el hambre
que los sepulten por muertos?...

CECILIO ¡En eso nace la causa;
pero horror me da el efecto!...
¡Lo que hoy, hija, me atormenta
es un horrible recuerdo!...

EMILIA Dígale y puede que encuentre
en nuestros buenos deseos
algún alivio.

CECILIO ¡Jamás!
¡Antes saldrá de mi cuerpo
el alma, que de mis labios
llegue á salir el secreto

que á mi espíritu hoy tiene
en la argolla del tormento!

EMILIA ¿Conque nunca lo dirá?

CECILIO ¡Nunca! ¡Ni quieras saberlo!

EMILIA (Aparte.)
(¡Pues lo sabré por mi madre!
Ya me lo iba á decir y ello
será, sí...)
(Cogiendo la mano á su madre y llevándola á un extremo del escenario.)
Ven á este lado.

CONCHA (Aparte á su hija.)
¿Qué quieres tú ahora?...

EMILIA (Aparte á su madre.) Quiero
lo que empezaste á decirme
que me lo sigas diciendo.

CONCHA (Por Cecilio.)
Lo va á oir.

EMILIA ¿Tan malo es?

CONCHA ¡Sí!

EMILIA ¡Pues me lo dices muy quedo!
(Se hablan al oído y como reservándose de Cecilio.)

CECILIO (Aparte con gran tristeza.)
¡Se hablan al oído y el otro
mandó estuviese dispuesto
para salir hoy con él!...
¡Ah! ¿Qué va á ser de mí?... Pienso...
(Transición. Con furia exclama.)
¡Salte en pedazos mi mente
y antes que tal pensamiento
quepa en ella, se sepulten
sus trozos en el infierno!
¡Señor!... ¿Por qué ha de vivir
tanto el que vive sufriendo?...
¿Por qué en la vejez se paga
cuanto de joven se ha hecho?
(Como dirigiéndose al cielo.)
¡Gran Dios, no mireis mi culpa,
mirad mi arrepentimiento!

EMILIA (Aparte á Concha.)
(Llevarle á él... á él...

CONCHA Sí.
Nada le digas. Silencio
ten y calma.)

EMILIA (Corriendo se dirige con los brazos abiertos hacia donde está Cecilio, y llorando grita casi con locura de dolor y cariño.)
¡Abuelo mío!

CECILIO (Estremecido y abriendo sus brazos.)
¿Qué... qué tienes?...

EMILIA (Dando suelta á su dolor y echándose en sus brazos, exclama, como quien alienta para no ahogarse en su angustia.)
¡Ay, abuelo!...

CECILIO Llora, llora, y si es por mí
hazlo aquí, sobre mi seno,
y que tu llanto el bautismo
que me salve sea al menos.

CONCHA (Queriendo separarla y contener su aflicción.)
¡Hija mía!

EMILIA Déjame.
Es tanto lo que le quiero...
(Desasiéndose de los brazos de Cecilio y bajando la cabeza.)
Y ver... ver que...

CECILIO (Con terrible ansiedad.)
¿El qué?... Por Dios,
dímelo, hija...

EMILIA (Sollozando.) Si no puedo...

CECILIO ¿Qué pudo decir tu madre
que tal tormento en tu pecho
honrado levantó?...

EMILIA Nada.

CECILIO ¿Qué te ha dicho?

EMILIA Tu secreto.

CECILIO ¿Cómo?... ¿Sabía que yo?... (Extremeciéndose.)
(Quizá en delirante sueño...)

EMILIA ¿Tiemblas?...

CECILIO (Con temblor y balbuciendo.)
No... no digas nunca
lo que aquí tu madre...

EMILIA Bueno.

CECILIO (Con temblor y balbuciendo.)
A nadie... ¿oyes?

EMILIA (Con segunda idea.) Y después,
¿perdonarás mi silencio,
verdad?...

CECILIO Sí.

EMILIA Y ahora tú... ¡ay!
(Echándose con frenesí en sus brazos y sollozando.)
¡Dame un beso, dame un beso!
(Cecilio la estrecha entre sus brazos. Aquí el talento del actor interpretará este instante con su acción lo mejor que pueda.)

CONCHA Hija, vete de aquí, vete.
(Separándola de los brazos de Cecilio.)

CECILIO Yo soy el que va á hacerlo.
Me voy, no sea que mi hijo...
tu esposo, me riña luego.

CONCHA ¿Y por qué?...

CECILIO Antes me mandó
el que estuviera dispuesto
para ir con él á un recado,
y voime, voy al momento.

EMILIA (Con gritos que parezcan salir del alma.)
¡No, abuelo mío, no, no!
¡No vayas!

CONCHA ¡Hija!

CECILIO (Aparte.) ¿Qué es esto?...
Su voz retumba en mi alma
como en el espacio el trueno.

EMILIA ¡No, no te irás de mi lado!...

CECILIO Si él quiere...

EMILIA Nos oponemos.
¿No es cierto, madre, que tú
te opondrás conmigo?...

CONCHA Cierto.

CECILIO Mas, sin causa, ó... (Con miedo.)
¿hay alguna?...
(Breve pausa.)
(Dudan responder... Yo tiemblo
oirlas...)

CONCHA (Vacilante.) ¡No!

CECILIO (A Emilia, viendo que no contesta, con ansiedad.)
¿Qué?...

EMILIA (Mirando á su madre, que la dice que no con la cabeza.)
¡No!

CECILIO (Mienten...)

EMILIA (Cuando mi madre el silencio
me manda, puede le salve...)

CECILIO (¡Sea de mí lo que el cielo
quiera!) Voy...

EMILIA (A Cecilio.) ¿Te vas?
CECILIO ¡Sí, sí!
EMILIA (¡Madre!...)
(Aparte á Concha, como echándola la responsabilidad de dejarle salir.)
CONCHA (Aparte á Emilia.)
¡Calla!
CECILIO ¡Adiós! .. Hasta luego.
EMILIA ¡Adiós!... (Estaré al cuidado!)
CECILIO Del hambre siempre temiendo
morir, y vivir con pena
en el corazón, que el cuerpo
desgarra... Si esto es el mundo...
¿qué podrá ser el infierno?

ESCENA V

EMILIA, CONCHA

EMILIA Me mandaste que callara
y callé... Cuenta al momento
cómo salvarle confías.
CONCHA ¿Yo?... (Como extrañándose de tal salida.)
EMILIA ¿No podrás? (Con angustia.)
CONCHA (Con verdadero dolor.) ¡No por cierto!
EMILIA (Idem.)
¡Y tan débil te mostraste
en detener á mi abuelo!...
¡Ay, yo tengo pocos años,
pero más corazón tengo!
CONCHA ¿Qué dices?...
EMILIA Perdóname.
¡No es mía la culpa de ello!
Quizá con los años vase
del corazón consumiendo
la suavidad exterior
que cuando niños tenemos,
y para la senectud
sólo conserva lo interno,
la dureza que se ablanda
con su extinción en el suelo.
(Señalando al pavimento.)
CONCHA ¡Ay, Emilia, sabes mucho!...

EMILIA Si flores son de mi ingenio,
antes de brotar dejaron
las espinas en mi pecho.
Mas, ¿por qué no me dejaste
con nosotras detenerlo
ó tú no le contuviste?
¿Tienes á mi padre miedo?

CONCHA No...

EMILIA ¿Entonces cómo?...

CONCHA ¿No ves
que era muy poco quererlo
manifestarle el motivo
de detenerle?

EMILIA ¡No entiendo!

CONCHA Si nosotras su sentencia
en su juicio le ponemos,
cuando abogamos por él,
es hacerle más inmenso
su dolor que si supiera
por su verdugo el tormento.
Un mal, por grande que sea,
si á la fuerza ha de ser hecho,
el bien que sólo le alivia
es no dar á conocerlo.
Las penas con el causante
bastan para su tormento.

EMILIA ¿Por fuerza dijiste?... (Con espanto.)

CONCHA (Con pena.) ¡Sí!...

EMILIA ¡Y ha de llevarle su hijo! Esto
es tan horrible, que yo
apenas si lo comprendo!...
Pero... ¡Si no puede ser!...
Verás como yo convenzo
á mi padre... (Va á llamarle.)
¡Padre mío!
(Volviendo al lado de su madre.)
Sí; ya verás cómo yo,
que soy su sangre, enciendo
la compasión en sus venas,
más que tú, de su alma centro.
¡Padre! (Llamándole y como dirigiéndose á buscarle.)

ESCENA VI

EMILIA, CONCHA. CARLOS saliendo al encuentro de Emilia.

CARLOS (Bruscamente.)
¿Por qué diablo gritas?...
EMILIA (Aparte.)
(Por el que agarró en su seno
le dijera, si no fuese
que al verle me ha dado un miedo...)
CARLOS ¿Vamos, contestas?
CONCHA (Aparte.) (¡Pobre hija!)
EMILIA (Idem.)
(Sin saber por qué... yo tiemblo.)
CARLOS ¿Qué quieres?... (Como enfadado.)
EMILIA Me lo preguntas
con tan impaciente genio
y de manera tan dura,
que á contestarte no acierto.
Suaviza un poco tus frases
y te diré lo que quiero.
CARLOS (Con expresión menos brusca.)
Vaya, hija, no seas tonta.
Díme lo que quieres...
EMILIA Bueno;
ya que me hablas más tranquilo
escúchame.
CARLOS (Aparte.) (¿Qué será ello?)
EMILIA De un sueño que tuve anoche,
que me des tu juicio quiero.
CARLOS ¡Cuéntalo!
EMILIA Soñé... que un hijo
tenía un padre tan viejo
que por sus años y achaques
no se ganaba el sustento,
como que casi sus fuerzas
no podían con su cuerpo,
y este hijo sin que en su padre
viera el sér que su alimento
ganó cuando él era niño,
sin atender á sus ruegos
ni pensar que era matarlo

como inútil darle el premio
del más inicuo abandono,
por no querer mantenerlo...
¿qué dirás que hizo?... Pues fué y...
le metió en un asilo!... Esto
triste soñé y yo me dije:
¡Esto es infame!... Y si el cielo
se ocupa de dar castigos,
bien se merece uno de ellos!...
Pero como soy tan joven
y equivocarme no quiero
en los juicios que me formo,
me dije con calma luego:
Lo preguntaré á mi padre
y lo sabré más de cierto.
Dí, ¿qué juicio te merece
la acción de ese hijo?...

CARLOS (Como anonadado por el remordimiento, inclina al suelo su cabeza y exclama con terror:)
(Aparte.) (¡Oh, cielos!...)

EMILIA Bajas la cabeza, y tan
difícil es resolverlo
que sin duda la doblega
la reflexión de tu ingenio.
¡Y yo creí era tan facil!...

CARLOS (Aparte.) (¡Qué situación... Dios eterno!...
(Aparte a Concha.)
¿Tú has dicho á esta niña?...)

CONCHA (Aparte á Carlos.) (No.)

CARLOS (Aparte.) (Confiaba en tu silencio.)
(Para sí y con gran agitación.)
(¡Su sueño!... ¿Cómo explicarle?...)

EMILIA (A Carlos.) Contestas... ¿Está resuelto?...

CARLOS (Titubeando.) ¡Hija... según sea!... ¡Es mala!...

EMILIA ¡Bien me decía yo!

CARLOS Pero...
hay circunstancias que buena
puede ser por sus efectos.

EMILIA ¿Conque una acción mala puede
ser buena á un mismo tiempo?...
Esto, padre, sí que me es
bien difícil comprenderlo.
Yo pensé que la bondad
del sol tenía el efecto

servir de luz á la tierra
para distinguir el cielo,
mas por lo que tú me dices
que tiene su noche veo,
noche que al rayar el alba
vuelve á su fulgor primero.
¡Más vale saberlo así! ..
¿Por qué al mal tenerle miedo
si al caer entre sus sombras
su claridad le da el tiempo?...

CONCHA ¡Eso no!...

CARLOS (Igualmente corrigiéndola.)
¡No, hija, no! ¡El mal
siempre es mal!

EMILIA ¿Y cómo es bueno
para tí un mal?...

CARLOS ¡Tú no puedes,
naturalmente, entenderlo!...
¡Ese hijo .. que tú soñaste...
llevó... á su padre... por viejo,
á un asilo, bien pudiera
por su bien haberlo hecho,
quizá solo por librarle
de ser por el hambre muerto!

EMILIA (Con gran naturalidad y sentimiento.)
No es muy mala tu salida:
casi razón tienes; pero
yo en lugar de ese hijo ingrato...
¿sabes lo que hubiera hecho?...
Coger á uno de mis hijos,
á quienes debía menos,
y echarle á vivir al mundo,
que éste le diera el sustento,
y así dejaba en el aire
una vida de mi cuerpo,
mas con mi acción no mataba
á quien la vida le debo.
(Con delirio creciente hasta terminar en un arranque frenético.)
Y créeme, padre mío,
si te vieras al extremo
de echar de tu casa á uno,
sigue, sigue mi consejo.
¡Y yo... yo... casi conforme,

me iré de tu hogar muy lejos,
dejándome en él mi alma
por no dar muerte á mi abuelo!...
¡Sí!... ¡Quede al aire mi vida
aunque la desgarre el viento!

CONCHA ¡Hija de mi alma! (Abrazándola.)

CARLOS (Con abatimiento.) (¡Dios mío!...)
(Procurando dominarse.)
Tú, hija, no entiendes de esto.
¡Aun las cosas de este mundo
no entraron en tu cerebro!

EMILIA Si no han de ser como digo,
que jamás entren anhelo.

CARLOS ¡Un padre no deja nunca
á su hijo á merced del viento!

EMILIA ¿Y por qué le deja un hijo
á su padre?

CARLOS Así lo ha hecho
la sociedad...

EMILIA (Con naturalidad.) ¡Pobre de ella
si no le pone remedio!...
Mas, por dicha, con nosotros,
nada tiene que ver esto.
(A Carlos con intención.)
¡Porque tú no pensarás
echar á tu padre!...

CARLOS (Con horror.) (¡Cielos!)

EMILIA (Idem.) ¡Porque tú le amarás tanto
como yo á tí! ¿no es cierto?...

CARLOS Le amo y...

EMILIA (Concluyendo la frase.)
¡Y lo que se arroja
es señal de poco aprecio!

CARLOS (Intentándose disculpar.)
¡No siempre!... El amor también
á veces en sus efectos
más que hijos de él parecen
hijos de aborrecimiento!...

EMILIA No; el amor es de Dios obra...

CARLOS (Interrumpiéndola.)
¡Tambien lo es el universo
y en él hay de todo!...

EMILIA (Muy triste.) ¡Padre!
¡Qué cosas te estoy oyendo!

CARLOS ¡Te afligen!
EMILIA ¡Sí!
(Dirigiéndose á su madre, la dice aparte y llorando)
(¡Madre mía!
¡No hallo con qué convencerlo.)
CONCHA Calla, hija mía. ¡No llores!...
CARLOS (A Emilia.)
¿Y por qué lloras?... ¿Qué es esto?
EMILIA ¡Es que van con tus palabras
mis ilusiones muriendo!
CARLOS ¿Temes que yo?...
EMILIA ¿Escuchar quieres
de mi temor el misterio?...
CARLOS ¡Sí!...
EMILIA Es que ese hijo tan ingrato
que tuve en mi aciago sueño,
eras tú, tú, ¡padre mío!
CARLOS ¿Yo?... (Con espanto.)
EMILIA ¡La sombra del siniestro
soñar que tuve, tomó
en tí su visible cuerpo!
Júrame no es realidad
y ya tranquila me quedo!
CARLOS ¿Que jure? (Idem.)
CONCHA (Suplicante.) ¡Júraselo,
por piedad!
CARLOS (Extremeciéndose é inclinando la frente al suelo.)
¡Un juramento!
EMILIA (A Carlos.) ¿Por qué, dime, te estremeces
y vuelve tu vista al suelo?
¡Ahora no es peso de ideas!...
CONCHA (Aparte.) (¡Pero es de remordimiento!)
CARLOS (Aparte y después de un momento de lucha interior.)
(¡No ha de ser!) (A Emilia.)
¿Y si mañana,
quizá hoy, tuviese que hacerlo?
EMILIA ¡Nunca!...
CARLOS Nunca por mí fuera;
pero hoy, por mi hado adverso...
EMILIA ¿Qué?... ¿Qué?...
CARLOS Lo haré.
EMILIA ¡Padre mío!
Por el amor que te tengo
¡no... ¡no!... ¡no lo eches de casa!

CARLOS ¿Y dónde hay otro remedio?...
EMILIA (Suplicando con desesperación y arrodillándose)
¡Padre de mi alma!

ESCENA VII

DICHOS. CECILIO. Al aparecer Cecilio en escena hay completa transición en los personajes. Emilia se levanta y procura dominar su emoción. Concha y Carlos también intentan aparecer tranquilos.

CECILIO ¡Qué voces!
¿Regañábais?...
CARLOS No por cierto.
Estábamos bien tranquilos
los tres, padre, discutiendo.
CECILIO Creí oiros hablar fuerte
y vine... casi con miedo...
EMILIA (Aparte.) Y sin temblar le ha llamado
padre.
CARLOS (A Cecilio.) Nada fué.
(Aparte y amenazador á Concha y Emilia.)
(¡Silencio!)
CECILIO (A Carlos.)
Más vale así. Cuando quieras
acompañarte ya puedo...
CARLOS Ahora mismo....
EMILIA (Viendo á Cecilio que se dispone á salir, da un grito.)
¡Ah!
CONCHA (Aparte.) (¡Dios mío!)
CECILIO (Aparte. (Un grito, y en ellas corriendo
llanto que ocultarse quiere. (Breve pausa.)
¡Qué va á ser de mí!)
CARLOS (Después de un momento de indecisión.)
(No cedo.
El hombre no debe nunca
doblegarse ante un extremo...
Seguir su bien y adelante.)
(A Cecilio con resolución.)
¡Vámonos, padre.
CECILIO (Mirando á Carlos) Su aspecto
tranquilo es, y hasta su voz...
EIMLIA (Conteniendo el llanto.)
(Aparte.) (¡Me ahogo... Ya no hay remedio!)

CONCHA (¡Dios mío!)
CECILIO (El soplo de vida
que le dí, se me ha vuelto
huracán que me sepulta!
¡Estos son los hijos, éstos...)
(A Carlos.)
Vamos... pero antes... espera...
Estoy fatigado, y quiero
descansar algo en los brazos...
(Echándose en los de Emilia.)
¡de ti, de ti, ángel del cielo!
EMILIA ¡Abuelo mío! (Abrazándole con delirio.)
CONCHA (Me angustio
tanto, que ahogarme creo.)
CECILIO Tú... nunca me olvides.
EMILIA ¡Nunca!
CECILIO Vaya, adiós. (Separándose de brazos de Emilia.)
EMILIA No, si no quiero
te marches.
CECILIO Es necesario,
Emilia. Mas... pronto vuelvo.
Adiós, Concha. (Despidiéndose de ésta.)
CONCHA (Besándole.) Adiós.
CARLOS (A Cecilio.) ¿Nos vamos?
CECILIO Vamos, sí. Ya estoy dispuesto
para ir... (Aparte.) para ir... al suplicio.
CONCHA (¡Por Dios!) (Suplicante á Carlos.)
CARLOS (Amenazador.) ¡Calla!
EMILIA ¡Ay! Dame un beso
antes de irte.
CECILIO (Besándola.) Toma. (¡El último!)
CARLOS ¿Concluye ó no? (Impaciente á Cecilio.)
CECILIO ¡Ay, si no puedo
tenerme en pie!... Llévame
tú del brazo...
CARLOS (Cogiéndole de un brazo.)
Si es empeño...
CECILIO (Aparte.)
Donde rápida se extinga
la poca vida que tengo.
¡Adiós, adiós! (Despidiéndose de Emilia y Concha.)

ESCENA VIII

EMILIA, CONCHA

EMILIA (Rompiendo á llorar.)
¡Madre, madre!...
Ya puedo llorar, sin miedo
de tener que ahogar mis lágrimas.
CONCHA ¡Llorar!... El solo remedio
de los males de este mundo...
EMILIA ¡Si vieras cuánto padezco!
CONCHA Cuanto sufro me lo dice.
EMILIA Nunca tuve tan inmenso
dolor...
CONCHA Serénate un poco.
EMILIA Sí .. En cuanto me calme, quiero
que me permitas correr
detrás de mi pobre abuelo.
Aun puedo atajarle, y puede
que consiga...
CONCHA No consiento
que salgas de aquí.
EMILIA ¿Por qué?...
CONCHA Déjalos. A ver si viendo
tu padre á solas el suyo,
le inspiran algún consejo.
Dios, con su misericordia;
la conciencia, con su miedo,
cambiando su mala acción
hermoso arrepentimiento.
EMILIA ¿Conservas aun la esperanza,
cuando no hay humano medio?..
CONCHA ¿Y no sabes que ésta nace
en la muerte de los hechos?..
La realidad que agoniza
engendra su nacimiento,
y ella de la dicha eterna
es su halagador espejo.
Déjame con mi esperanza,
que con esta podré al menos
mitigar mi dolor...
EMILIA (Como reflexionando.) Sí.

El dolor mitiga... Es cierto.
¿Quién sabe si aun á mi padre
lo hará arrepentir el cielo,
volviendo el suyo á esta casa?...
¡Cuánto fuese mi contento!...
Pues, sin poder remediarlo,
hoy hacia mi padre tengo
una repulsión, que casi
parece aborrecimiento.
¡Sentiría tanto odiarlo!...

CONCHA Lo que tú sientes no es eso.
No, no es que odies á tu padre,
es á su acción.

EMILIA (Como necesitando creerlo.)
¡Ay, te creo!
Si Dios quisiera volviesen
los dos... ¡Dios mío, así hacedlo!

CONCHA Sí, y en mi esposo, para tal
dicha, poned, Dios eterno,
piedad en su corazón
y razón en su cerebro. (Breve pausa.)
¡Oh, alguien sube! ¿Quién será?...

EMILIA ¡Uno solo!... Y tan ligero
que es el rayo que desgarra
nuestras ilusiones, creo.
Será mi padre, sí...

CONCHA (Con sentimiento.) ¡El es!

EMILIA (Yéndose hacia la puerta, por donde á poco sale Cecilio.)
¡Voy temblando!
(Viendo a Cecilio, exclama con gran alegría.)
¡Ay, no! ¡Es mi abuelo!

ESCENA IX

DICHAS, CECILIO

EMILIA (Abrazándole ¡Abuelo mío!...

CECILIO (Idem á Emilia.) ¡Sí, yo
soy!...

CONCHA ¿Usté aquí?

EMILIA ¡Qué dicha, oh!
¿Huiste?... (A Cecilio.)

CECILIO — El que viene huyendo
de sí mismo... es él..
EMILIA — No entiendo.
CECILIO — De su acción vil se asustó
cuando su conciencia ver
claro le hizo su egoismo,
y tuvo que padecer
lo más horrible: el tener
hasta miedo de sí mismo.
EMILIA — ¿Tú alguna vez lo sufriste?
¡Porque lo dices de un modo
tan desgarrador y triste!...
CECILIO — ¡Luego . hoy, sí. . lo sabrás todo!
EMILIA — Mas, ¿cómo antes que él viniste
con tus años y cansado?
CECILIO — Por mi alegría, y... tal vez,
porque sea más pesado
que el peso de la vejez
el gravamen del pecado.
Pero él entra... (Por Carlos que sale.)

ESCENA ÚLTIMA

EMILIA, CONCHA, CECILIO, CARLOS, que entra en escena sumamente abatido

EMILIA — ¡Sí! (A Carlos.) ¿Qué tienes
que tan abatido vienes,
padre mío? ¡Alégrate!...
Mira á mi abuelo aquí; vé
nuestro placer y no penes...
CARLOS — ¡Déjame, hija!
EMILIA — ¿Cómo ha sido
el haberle perdonado?
¿Es que en mi ruego has pensado,
ó que el cielo lo ha querido
y el perdón te ha inspirado?
CARLOS — No; es que con sólo pisar
un ser del mundo la arena,
su planta viene á dejar
semilla en que vé brotar
de sus maldades la pena.

De esta verdad convencido,
proclamarla no me arredra.

CONCHA ¿Y cuál razón ha podido
más que las nuestras?

CARLOS ¡Ha sido
no más que un banco de piedra!
¡En su dureza, la mía
se ablandó!...

EMILIA Mas, ¿como fué?

CARLOS Yo acabarlo no podría
de decir...

CECILIO ¡Yo lo diré!
Y es... ¡mi secreto!... (A Emilia.)

EMILIA (Como jurando guardarlo.) ¡En mí fía!

CECILIO (Dirigiéndose á Emilia y Concha.)
La suerte que me esperaba
de vuestro lado al partir,
vuestra angustia me anunciaba,
viéndome un asilo abrir
que en la fosa me encerraba.
Con toda fuerza perdida
dejé á mi hijo me llevase,
y éste, cansado en seguida,
sin que al asilo llegase,
á descansar me convida.
Al pronto no supe yo
el sitio en que descansaba.
«¡Justicia de Dios!» gritó
mi alma cuando á ver llegó
donde mi cuerpo paraba.
Y después que despedido
tal grito fué de mi alma,
me quedé tan confundido
que de muerte era mi calma
todos hubiesen creído.
Un banco de piedra era
adonde á descansar fuera
en mi mortal desventura;
¡el mismo que antes yo hiciera
la losa de mi ventura!
Cuando de mi aturdimiento
loco á mi pesar volví,
la voz de mi hijo oí
que con aterrado acento

exclamaba...—¿Por qué así
gritó?... ¿Qué idea ha tenido
que á su alma hizo exhalar
tan desgarrador gemido?—
Contestarte es ahondar
mi dolor; no es exigido
á un reo que hable su pena:
déjame tú que callando
vaya á sufrir mi condena.
—¡Por Dios!—insistió rogando—
dígame la verdad plena.—
—¿Lo quieres?—¡Sí!—¡Pues escucha!
Viéndome sin trabajar
quise mi suerte aliviar,
y á mi padre en triste lucha
llevé á un asilo á hospedar.
Tanto al oirlo sufrió,
que andar no pudiendo, aquí...
(Señalándolo.)
en tal banco descansó...
¡En este mismo fué, sí!...
¡Lo llevé, y á la hora... murió!
Hoy, que causé su agonía
hace años... y con profundo
dolor para el alma mía
pienso...—¿Qué?...—Que sólo el mundo
avanza en hipocresía.
Pues yo obré con claridad,
y tú al asilo callando
llévame tu crueldad...
—Sí, padre mío.—Y llorando
se arrodilló.—Sí... es verdad.
A un asilo os llevo—dijo;—
pero imploro su perdón,
y á mi amparo lo cobijo.
¡No quiere mi corazón
que á otro me lleve mi hijo!
Perdóneme, ¡por el cielo
que en la tierra nos mantiene!
—Sí—le respondí,—y el consuelo
del perdón por tu acción, viene
á caer en mi desvelo.
Dios de nosotros se apiada,
dice tu arrepentimiento.

De una acción desesperada,
ó surge eterno tormento,
ó nuestra vida cambiada.

EMILIA Cambiará, justo es.

CONCHA (Con agradecimiento.) Esposo,
así te quiero.

CECILIO Y heme aquí...
A vuestro hogar ya volví...

CARLOS Por siempre.

EMILIA Y donde dichoso
vivirá con mi amor...

CECILIO ¡Sí!...
Tal quiere mi corazón,
al que desde hoy no le arredra
el miedo á la expiación.
¡Es muy triste la lección
que me dió *El banco de piedra!*

FIN DEL CUENTO DRAMÁTICO

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Un enemigo, comedia en un acto, en verso.
Todos iguales, juguete cómico en un acto, en verso.
Quien busca, halla, proverbio en un acto, en verso.
Los Comuneros de París, drama en un acto, en verso.
Desprendimiento y avaricia, comedia eu tres actos, en verso.
El banco de piedra, cuento dramático en un acto, en verso.
Las sendas de la vida, comedia en tres actos, en prosa.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado á disposición de las Empresas.

3 0112 115872415

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.